

El poder oculto

En mis años universitarios en 1980 había que andar con mucho cuidado, pisando huevos. La Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica era un accidente para los de provincia o egresado de un colegio fiscal. Yo, de Punta Arenas y de la Industrial, parecía un chiste. Un profesor quiso porcentualizarnos y era un 80 contra 20 los afuerinos y fiscales. La diferencia era abismante y se hacía sentir. Tal como se analiza en el reportaje de The Clinic, sobre el Club de la Cato, esto era algo muy habitual. El profesor Mukarkel nos preguntó una vez a cada uno de nuestros apellidos, para ver cuantos tenían “erres” y enviaba saludos a los padres de algunas compañeras. Desconocedores de esa realidad, terminar bien el año parecía la luz al final de un túnel. Mejor educados, viviendo en generaciones jurídicas, manejando conceptos por osmosis, lo nuestro era una lucha para sobrevivir.

Nos asignaron “mentores” y, en mi caso, debí entrevistarme con Jaime Orpiz, a la fecha Presidente del Centro de Alumnos.

Éramos tan poca cosa y se creía que todos comulgábamos con el gremialismo que se conversaba sin mayor reparo y se mostraba una posición de bloque para enfrentar a los “artesa” que se reunían en el patio principal a protestar. La arrogancia era poderosa y estaba cimentada por profesores como Hernán Larraín que nos recibía en primer año con Introducción al Derecho, Jaime Guzmán con Político, Gonzalo Rojas en Filosofía y Maximiano Errázuriz con Romano y había que estar en el séquito o quedabas fuera. Salvo el primero que era cátedra única, en los otros tres elegí al paralelo, lo que sin duda no era bien visto.

La casta de profesores (Eyzaguirre, Bulnes, Luco, Thayer, Álvarez, Vial, Silva) imponían su impronta y uno quedaba expuesto en los exámenes de fin de año. Había que portarse bien. De otro modo no se justificaba que en determinadas materias algunos pasaban muy rápido y con excelencia y el resto apenas.

Gonzalo Rojas manejó los hilos en una reñida elección de 1984, donde la oposición ganó por 2 votos. Ordenó repetirla en marzo del año siguiente y abrió las puertas a estudiantes de la U. Gabriela Mistral, la primera privada y con ello retomaron el poder. Hay cosas que son evidentes y que ocurrieron y aunque hoy quiera limpiarse de sus culpas, le resulta imposible mostrar su verdadera cara de sectarismo, autoritarismo y desapego por el verdadero amor al ser humano que profesa en su condición de supernumerario del Opus Dei.